



**CONGRESO INTERNACIONAL**

**CONTESTED\_CITIES**

**EJE 3**

**Artículo nº 3-524**

**LA CALLE COMO ESPACIO PERDIDO  
EL FIN DE LA CULTURA POPULAR INFANTIL EN  
BARCELONA**

**HELENA FABRÉ NADAL**

## **LA CALLE COMO ESPACIO PERDIDO**

### **El fin de la cultura popular infantil en Barcelona**

Helena Fabré Nadal

Observatori d'Antropologia del conflicte Urbà (OACU)-Universitat de Barcelona

[helenafabrenadal@gmail.com](mailto:helenafabrenadal@gmail.com)

#### **ABSTRACT**

El tiempo en el que los niños se relacionaban en la calle forma irremediamente parte del pasado. Hace tan sólo unas décadas, la infancia conseguía desplegar un amplio entramado de relaciones sociales en la calle, practicando todo tipo de juegos al aire libre y manteniendo encuentros para hablar de lo que nadie les enseñaba. En el caso de la ciudad de Barcelona, todas estas actividades se celebraban de forma organizada a través de principios de autogestión, las pandillas, formando una especie de universo paralelo que transcurría en una libertad relativamente regulada por parte de un vecindario que sólo intervenía si era estrictamente necesario. Todas ellas creaban y formaban parte de una relevante cultura infantil de la calle, un escenario social que los niños percibían como su reino.

Aludiendo a la inseguridad, actualmente son muy pocos los adultos que se atreverían a dejar sus hijos en libertad por las calles de las grandes ciudades, pero otro motivo real que no suele ser mencionado es que los niños sencillamente *no tienen tiempo*. La imposición de la llamada “educación en el tiempo libre”, destinada a monitorizar el tiempo de los niños y los nuevos hábitos de consumo y de ocio por parte de las familias, han conducido a la desaparición de la cultura infantil de calle. Al mismo tiempo, vemos manifestarse hoy distintas formas de cultura popular protagonizadas por adolescentes, las cuales se expresan como luchas por la recuperación de ese “derecho a la calle” que les fue negado de niños y poniendo en marcha sus estrategias para reivindicar aquello que les ha sido negado: la calle.

**PALABRAS CLAVE:** Infancia, calle, vida barrial, resistencias.

## 1. LA CULTURA INFANTIL DE CALLE

### 1.1 Breve introducción

Definir qué es un barrio y qué hace que lo podamos considerar como “nuestro barrio” no es algo que podamos resolver a partir de criterios meramente topográficos ni administrativos. La “vida de barrio” implica un vínculo social basado en la proximidad y en la rutina de encuentros entre personas que, aunque sea solo de vista, se reconocen mutuamente. El espacio de estos encuentros queda delimitado por un contexto territorial que se extiende en el entorno inmediato al propio domicilio. Esta proximidad que determina la “vida de barrio” es la misma que hacía posible que los niños, después de salir del colegio y antes de volver a casa, desplegaran un conjunto de actividades que inundaban las calles o plazas de cualquier pueblo o ciudad.

Normalmente, estas prácticas protagonizadas por niños y niñas, se enmarcaba, en una serie de asociaciones informales, las pandillas, formadas por quienes compartían un mismo entorno cotidiano, fuera una calle o una plaza. Todas ellas se organizaban a través de unos principios de autogestión y estaban dotadas de normas no escritas, con una distribución de roles y jerarquías siempre revocables, y creaban una especie de universo paralelo que transcurría en una libertad relativamente regulada por parte de un vecindario que sólo intervenía en caso que fuera estrictamente necesario. Con un importante sentido de la territorialidad, generaban una cultura popular específica, no solo por el tipo de grupo de edad que la protagonizaba, sino por escoger la calle como su escenario natural.

### 1.2 Una conceptualización teórica de la cultura infantil de calle

Varios autores han dedicado parte de su obra a la relación existente, antaño, entre los niños y la calle. Janes Jacobs le dedica un capítulo entero en su fundamental obra *Muerte y vida de las grandes ciudades* (1961). La periodista norteamericana dedica atención a las funciones de autogobierno que ejercía, como así le llama, la *vecindad de calle*, un conjunto de dinámicas sociales y espaciales cruciales a la hora de tejer redes de vigilancia y control basadas en la confianza mutua, que permitía a los niños apropiarse de los lugares públicos cercanos a su domicilio. Por otro lado, tras la publicación de *The Child in the City*, Colin Ward (1978) llegaría a ser uno de los autores más relevantes a la hora de reconocer el papel de la infancia en la actividad ordinaria de los barrios. Complementando las aportaciones de Jacobs, se refiere a la calle como aquel sitio donde todo el vecindario, no solamente los más jóvenes, podían apropiarse y negociar tanto su uso como sus significados. Años más tarde, la geógrafa Gill Valentine (2004), consciente del fin de la presencia de los niños en las calles de las grandes ciudades occidentales, incide en el papel del miedo entre familias inglesas y americanas como factor de restricciones en la libertad concedida a sus hijos en la calle. Paralelamente, el pedagogo italiano Francesco Tonucci (1996) recuerda la importancia que tenía la calle como principal fuente de aprendizaje para el niño, reclamando que ésta fuera devuelta a aquellos a quienes antes pertenecía. La expulsión de los niños de lo que había sido su reino -la calle- está asociada a nuevas consideraciones a propósito de la propia infancia, a las que más tarde aludiremos.

Tomando como referentes teóricos a los anteriores autores, una investigación etnográfica actualmente en curso a partir de entrevistas a personas que vivieron su infancia en Barcelona entre los años 1930 y 1985, permite tener conocimiento de cómo se desarrollaba la cultura infantil de calle en esta ciudad concreta.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Este primer trabajo –una investigación colectiva del Observatori d’Antropologia del Conflictu Urbà- reunió testimonios de personas que vivieron su preadolescencia en los barrios de Horta, Gràcia, Montbau, Vilapiscina, Les Corts-Collblanc, Sant Antoni, el Eixample, Poblenou, Poble Sec y la Verneda entre 1930 y 1985 aproximadamente. Los citados en este texto, corresponden a los testimonios del barrio de Gràcia, donde he hecho un mayor énfasis. Concretamente son Joaquim

Las chiquillería -en catalán *la canalla*-, organizada en pandillas -les *colles*-, al salir de la escuela y antes de regresar a su hogar, pasaban el resto de la tarde en la calle. Ésta era el escenario de una amplia gama de juegos: las chapas, canicas, cromos, el *bèllet*<sup>2</sup>, el pañuelo, el *cavall fort*, hacer volar cometas, la rayuela o simplemente jugar a pelota, así como pequeñas travesuras como picar los timbres de los vecinos, son algunas de las actividades lúdicas que más evocan los informantes cuando hablan de su infancia y constituían una buena parte del folklore infantil de su época.

Las calles de Barcelona, con sus antiguos y característicos adoquines, cedían protagonismo a otros espacios más escondidos, como talleres abandonados, solares, descampados, edificios en ruinas o los refugios antiaéreos,<sup>3</sup> que se convertían en escenarios de aventuras y competiciones contra los niños de otras pandillas del barrio. Como explica Joaquim, “Cada pandilla, en medio de la oscuridad, se situaba en un extremo del refugio y lanzábamos piedras de un lado al otro, a veces escuchábamos gritos, entonces habíamos tocado a alguien.”

La imaginación fluía en la mente de los niños para inventar juegos con que divertirse hasta el oscurecer. A menudo, también se inventaban historias llenas de personajes salvajes y misteriosos, de las que ellos mismos eran los protagonistas. Haciendo memoria, Joaquim recuerda algunas de estas historias: “Tú estabas en las selva, y de repente te encontrabas a un tigre, y escondiéndote detrás de un árbol fuiste muy valiente y conseguiste matarlo. ¿Y yo?, ¿que no salgo? [Imitando a un niño de la pandilla] ¡Pues entonces ve a comprar caramelos en la tienda de mi madre y vuelve!”, le respondía el hijo de la dueña de la tienda de dulces de la calle.

La calle es recordada como una gran fuente de aprendizajes, cumpliendo el propio vecindario la función de tutor de los niños.

### 1.2.1 *La calle como marco autobiográfico de referencia*

Hablando con las personas que tuvieron la oportunidad de pasar buena parte de su infancia en la calle, uno se da cuenta que, al recordar esa experiencia, estaban reconstruyendo su entorno cotidiano. La evocación de la infancia conlleva la de la calle como marco de las primeras experiencias sucedidas más allá, pero cerca, de su esfera doméstica.

Si la persona aún vive en aquel entorno en que se desarrollaron sus primeros pasos en la vida pública, ese tipo de evocaciones resultan más fáciles. Aun así, es posible que las calles donde antaño habían dejado huella, hayan quedado ahogadas y transformadas por los ritmos frenéticos y crecientes de la gran ciudad. La referencia de Hallbwachs en *La memoria colectiva* (1968) encaja a la perfección con el caso de nuwareoa testimonios:

El paseante echa de menos el paseo arbolado adónde iba a tomar el aire, y se aflige cuando ve desaparecer más de un aspecto pintoresco que le gustaba de este barrio. Un habitante para quien estas viejas paredes, estas casas decrepitas, estos pasadizos oscuros y estos callejones sin salida formaban parte de su pequeño universo, y en cuyos recuerdos ocupaban una buena parte estas imágenes borradas para siempre, siente que toda una parte de sí mismo se ha muerto con estas cosas, y lamenta que no haya vivido por lo menos el tiempo que le queda por vivir. (...) Busca y, en parte, consigue hallar su antiguo equilibrio en las nuevas condiciones. Trata de

---

(propietario y empleado de una pequeña tienda de frutos secos del Mercado de la Abaceria Central de Gràcia. Tiene 83 años y pasó su infancia en la calle Torrijos, entre Travessera de Gràcia y la calle Puigmartí), Joan (antiguo propietario de un bar en la esquina entre la calle Torrijos y Ramon y Cajal. Tiene 81 años y pasó su infancia en la calle Mozart), y a Ricard (forma parte de la última generación de gitanos de Gràcia que de niños jugaron en la calle. Tiene 33 años y sus recuerdos de infancia se enmarcan en la plaza Raspall.) Las entrevistas fueron realizadas entre febrero y agosto de 2015.

<sup>2</sup> Un palo afilado que se lanzaba golpeando con otro palo uno de los extremos.

<sup>3</sup> Refugios situados en el barrio de Gràcia de Barcelona, en uso durante la Guerra Civil y aún abiertos durante la postguerra. Ahora solo se conserva uno que puede visitarse, el de la plaza Revolució.

mantenerse o reformarse en un barrio o una calle que ya no están hechos para él, pero en un lugar que era el suyo.” (ibid, 1968:139)

El antiguo barrio que recuerdan los informantes, camuflado entre nuevas avenidas, fechadas y edificios, pueden distinguirse, aún, una serie de marcas, antiguas tiendas, o detalles conservados. Insignificantes para cualquier viandante, les puede ayudar a ellos a evocar sus recuerdos de infancia.

En este sentido, la reja que tapa un antiguo refugio antiaéreo, delante del mercado donde Joaquim tiene una parada, puede quedar totalmente desapercibida para cualquiera que, con prisa, mira el reloj y acelera el paso deseando llegar a su destino. En cambio, a Joaquim le recuerde al espacio oscuro donde más se había divertido con su pandilla o, sobretodo, al mejor escondite para guardar las maderas que quemarían en la hoguera de Sant Joan.

## **2. LAS HOGUERAS DE SANT JOAN**

### **2.1 La importancia de la noche del solsticio de verano**

Merece dedicar un capítulo aparte a las hogueras de Sant Joan. Si evocar la infancia significa evocar la calle, es evidente que la evocación de esta celebración tan importante para toda la chiquillería del barrio, también resulta obligatoria.

Desde un momento difícil de establecer de finales del XVIII o principios del XIX, cada noche de San Juan, un número imposible de calcular de espacios de la ciudad de Barcelona –cruces de calles, descampados, solares o plazas- eran escenario de grandes amontonamientos de muebles viejos a los que se prendía fuego en presencia de todo el vecindario. En aquel momento, la ciudad resplandecía por centenares de hogueras ardiendo en todos los barrios de la ciudad.

Las hogueras no eran un juego cualquiera al que podían entregarse cada tarde al salir del colegio. Su preparación les había costado a todos ellos largos días de búsqueda de muebles viejos y de pensar cómo podrían hacer la hoguera más alta y grande del barrio. “Cuando mis abuelos me preguntaban qué quería que me trajeran del pueblo, yo siempre les respondía que quería madera” –explica Joan. Las hogueras simbolizaban la llegada del verano y aquel día todos los niños podían llegar más tarde a sus casas. “¿Quién hará la hoguera más grande? Cuando tendremos todas las maderas preparadas para poder empezar a quemar la hoguera?” –se preguntaban los niños de las pandillas esperando que llegara aquella noche. Días antes ya habían ido puerta a puerta preguntando si tenían muebles viejos y las cloacas es uno de los sitios que más citan como escondite de las maderas hasta última hora de la tarde del veintitrés de junio, cuando se sacaban para levantar la pira. Tenían que vigilarlas bien, ya que uno de los juegos al llegar al mes de junio consistía en ir a robar las maderas del resto de pandillas del barrio.

Los juegos en la calle, la escuela, la relación con el vecindario y la infancia entera de los informantes es reconstruida en el momento en que se les pregunta por la noche más corta del año. “Te he dicho que sí porque sabía que lloraría”, decía Joan empezando a contar sus recuerdos de las hogueras. En este momento vuelve a hacerse evidente la importancia de la calle en sus infancias, puesto que la noche de Sant Joan constituía el punto álgido de visibilidad de la cultura popular infantil.

De nuevo, la calle no aparece como un mero trasfondo escénico, sino como espacio por antonomasia de los niños en el periodo inmediatamente anterior a la adolescencia. Entre las llamas de las hogueras podía leerse la estructura de cada pandilla de niños y sus jerarquías, actuando como un auténtico reflejo. En la calle de Joan, solo podían participar en las hogueras los niños que formaban parte de la pandilla, es decir, todos aquellos que, entre ocho y catorce años, durante aquel año habían superado una serie de pruebas iniciáticas,

como dictados ortográficos, carreras, ir andando hasta el barrio vecino y volver, etcétera, sin cuya superación “no tenían el honor de prenderles fuego”. Por otro lado, el capitán –votado cada año por todos los miembros de la pandilla- era quien decidía cómo se tenían que colocar las maderas y en qué momento podían empezar a quemarse. Joan también recuerda que la celebración de las hogueras tocaba a su fin para los niños que cumplían los quince años. En aquel momento, los ya adolescentes no le daban la misma importancia a la pandilla, empezaban a heredar los oficios de sus padres y “se fijaban en las chicas.” Cuando se cumplían los quince, en la calle Mozart se hacía una gran merienda para despedir a aquellos niños que, a partir de aquel momento, ya no formarían parte de la *colla*.

La noche de Sant Joan, que como el mismo Joan recuerda, “era el patrón de la pandilla de niños de nuestra calle”, era sin duda la noche más esperada del año. “Era bonita porque sí”, añade el mismo informante.

### 2.1.1 *De niños y no tan de niñas*

Puede resultar curioso que la inmensa mayoría de informantes entrevistados para poder reconstruir la cultura infantil de calle fueran hombres, y no mujeres. Teniendo información de la cultura infantil de calle a partir de las vivencias masculinas, es normal preguntarse: ¿Dónde estaban las niñas? ¿Tenían la misma libertad que sus amigos o hermanos para jugar en la calle? Participaban también de esta cultura infantil?<sup>4</sup>

Podríamos considerar a Ward (1978) como el primer autor en denotar que el prototipo del niño que juega en la calle es el del niño y no el de la niña. Atribuye su explicación al hecho de que las niñas tienen que responsabilizarse antes de una serie de tareas del hogar, mientras que los niños, a medida que van haciéndose mayores, tienden a tener una menor vinculación respecto estas tareas, siendo ellos quienes gozan de más permiso para saltárselas. Según los argumentos de Ward, una vez terminada la preadolescencia, las niñas formarían parte cada vez más de los espacios privados, mientras los niños lo harían, paralelamente, de los públicos.

Años más tarde, Valentine (2004) observa como algunas familias entrevistadas expresan que ven a sus hijas con una mayor responsabilidad respecto a sus hijos, con más herramientas para solucionar posibles problemas en la calle y con una comunicación más enriquecedora, que puede permitirles defenderse ante cualquier asunto inesperado. En este momento, pero, podríamos preguntarnos: ¿es esta misma responsabilidad a la que alude Valentine, la que hará que las niñas, una vez terminada su preadolescencia, se encarguen de una serie de tareas del hogar, mientras los niños cada vez ganen un mayor protagonismo en las calles? Mientras la edad es transitable, las mujeres continuarán encargándose de estas tareas obligándolas a vincularse a un espacio privado y más íntimo.

Este cambio de percepción que Valentine ofrece acerca la presencia de las niñas en las calles, se puede plasmar también en las experiencias vividas por parte de algunos informantes. Mientras algunos de los más mayores aseguran no recordar a niñas durante sus tardes en la calle, otros más jóvenes explican cómo sus familias no sospechaban que las niñas –por su responsabilidad atribuida- pudieran ser capaces de hacer algunas maldades que eran “más de niños”. Este último, es el caso de Ricard, que refiriéndose a la noche de Sant Joan, recuerda la siguiente anécdota: “Cuando llegábamos a la plaza, los padres nos registraban para asegurarse que no trajéramos alcohol o mecheros, para que no nos quemáramos ni nos hiciéramos daño. A las niñas, pero, no las registraban, no sospechaban de ellas. Por este

---

<sup>4</sup> Estas preguntas forman parte de una segunda incursión al campo, donde me pregunto por el papel de las niñas en la cultura infantil de calle. Siendo mi actual investigación en curso, he entrevistado a mujeres del barrio del Ensanche, de Guinardó y de Badalona para centrarme, finalmente, en el barrio de Gràcia de Barcelona, donde he entrevistado a diez mujeres de entre 55 y 92 años. La entrevista citada es a Teresa (76 años, vecina de la calle Verdi, escultora.)

motivo, al final fueron ellas las que se guardaban dentro de la ropa los mecheros y el alcohol, así nadie podía tomárselos y todos juntos podíamos encender las hogueras.”

Dando protagonismo a las mujeres para poder narrar la cultura infantil de calle desde una perspectiva de género, muchas de ellas recuerdan que, aunque jugaran en las calles, había muchas diferencias respecto los niños. Ellas eran mucho más vigiladas y testimonian como han crecido en medio de una cultura del miedo que ya de pequeñas se les inculcó. Quizás, para poder reconstruir las experiencias infantiles femeninas, tenemos que centrarnos más en los espacios interiores de las casas, los *badius* en Badalona, o las *eixides* en el caso de Gràcia. Muchas de ellas ya han desaparecido actualmente por la construcción de bloques modernos, Teresa, pero, aún conserva su memoria: “Las plantas de todas estas casas antiguas tenían dos vidas: la de dentro, y la de fuera. Tu puedes contar todo lo que transcurre en el espacio de delante, pero, ¿y lo que pasa en este espacio trasero, más íntimo y que no se ve? [se pregunta.] Entre el espacio público y el privado, yo me quedaba más en el privado.”

## 2.2 El fin de una celebración siempre prohibida

Volviendo a las hogueras de Sant Joan y a su gran importancia dentro de la cultura infantil de calle, se puede demostrar que éstas nunca dejaron de estar prohibidas. A partir de una incursión en los archivos municipales de la ciudad de Barcelona, se tiene constancia de bandos municipales que ya condenaban la celebración de las hogueras en el año 1780. El 19 de junio de 1820, los alcaldes constitucionales de Barcelona emitieron una orden que instaba a “que ningún vecino de esta ciudad, en las festividades de San Juan Bautista y los santos Pedro y Pablo Apóstoles hagan fuegos u hogueras en las calles y plazas de la misma.” En 1909, la Alcaldía emitió una nota recordando “que el artículo 41 de las actuales Ordenanzas Municipales tolera la tradicional costumbre de las hogueras únicamente en las plazas y calles no adoquinadas.” El 1952, otro bando, prohibía hasta “librar muebles y enseres a la chiquillería. (Amades, 1956)

Tal y como explican algunos informantes, los servicios de limpieza y los bomberos que venían a apagar las hogueras, a menudo eran recibidos a pedradas o con algún petardo por parte de los niños y vecinos.

En 1972, un diario ya desaparecido de Barcelona, refiriéndose al fuerte declivio de las hogueras, comentaba que el año anterior “solo” se habían quemado 622 hogueras en la ciudad, casi dos centenares justos menos que el 1970, en el que habían estado 823 hogueras quemadas, casi todas sin ningún tipo de autorización. (Tele-Express, 21/6/1972) Más de cuatro décadas después, en 2015 quemaron tan solo una veintena de hogueras, todas con sus papeles en regla, igual que en los catorce años anteriores, todas ellas construidas sobre una base de arena aportada por empleados municipales y bajo la vigilancia de la Guardia Urbana.

Si las hogueras siempre estuvieron prohibidas y las leyes y ordenanzas no fueron suficientes para acabar con ellas, ¿qué había pasado para que se difuminara una costumbre que cada noche del solsticio de verano había movilizaba a miles de niños entre 8 y 13-14 años, que a lo largo de décadas habían literalmente inundado de hogueras todos los barrios de la ciudad? ¿Qué factores determinaron la desaparición de una fiesta popular, en tanto que realmente popular, es decir, funcionando al margen o en contra de las instituciones oficiales y sus normativas?

Es evidente que una serie de transformaciones urbanas y el aumento de la circulación rodada en prácticamente todas las calles de la ciudad, dificultaron la quema de las hogueras. Actualmente, además, es posible que los niños no tuvieran aquel tendero o vecino conocido, que podía intervenir si había cualquier problema mientras permanecían en la calle y ningún adulto dejaría a sus críos jugar con total libertad en las calles de Barcelona.

Es evidente, entonces, que el fin de la cultura infantil de calle responde a unos cambios que van más allá de las transformaciones urbanas y que pueden relacionarse con transformaciones en el estilo de vida de los ciudadanos. Joaquim recuerda como, “antes no había móviles y tenías que buscar a los amigos, tenías que relacionarte con ellos.” Dice también que durante los veranos todas las familias del barrio se quedaban en Barcelona, y ahí era donde hacían actividades conjuntamente durante las vacaciones. “Ahora las familias cogen el coche y se van; ya no conozco a ningún vecino.” Ricard añade que los niños ya no saben jugar como antes: “Antes encontrábamos un mueble antiguo, lo cargábamos y lo íbamos a vender porque sabíamos qué costaba. Ahora los niños ya no lo sabrían hacerlo porque es todo muy distinto. Si le dices a un niño que vaya a buscar madera para quemar una hoguera, ya no sabría encontrarla; se pasan todo el día jugando a la play o en internet.”

Podríamos afirmar, entonces, que si actualmente ya no se queman los centenares de hogueras que antes iluminaban la ciudad de Barcelona durante la noche de Sant Joan es porque ya no hay niños predispuestos a recoger la madera en la calle o por las casas y buscar un escondite en que guardarla.

### **3. HACIA UNA FISCALIZACIÓN DEL TIEMPO LIBRE**

#### **3.1 La monitorización de la infancia**

El tiempo en que los niños exprimían su imaginación para inventar cualquier juego con el que pasarían la tarde, o los días que llegaban a aburrirse esperando la hora de cenar, ya forman parte de un pasado. Actualmente, como diría Valentine, el tiempo se concibe de forma que debe ocuparse productivamente. “Perder el tiempo” es casi un pecado.

Las horas fuera de la escuela, ya se han convertido en un tiempo de aprendizaje formalizado, sin nada que ver con la pedagogía informal de la calle. El momento de juego, pretende ser transformado en un espacio productivo, seguro y libre de todo riesgo, mientras el infante es percibido cada vez más como ser vulnerable y dependiente del adulto. Actualmente, la educación formal, dentro y fuera de la escuela, pasa a ser el único espacio para el aprendizaje, donde se insta a que el niño obedezca mientras se le orienta hacia un futuro. Como diría Tonucci (1996), los niños, antes, llegaban a casa con un montón de anécdotas que contar, de hazañas que habían protagonizado y compartían con sus familias todas las aventuras que habían vivido o imaginado durante la tarde. Ahora, toda esta creatividad que antes impregnaba sus vidas parece haberse desvanecido.

Mientras la monitorización de la infancia se intensifica, los niños y las niñas van perdiendo el control sobre su propio espacio y tiempo. Contrariamente, el control a que se les somete se traduce en una falta de autonomía, de participación, de conocimiento del entorno o de cooperación con el resto de infantes. Vigilado y ocupado por toda una serie de actividades extraescolares, se le priva del juego libre, de enfrentarse por sí mismo con la complejidad del mundo o de abandonarse a las curiosidades que le rodean. Consecuentemente, además de cambios significativos en la concepción de la infancia, la calle ya no aparece como escenario predilecto para la sociabilidad y aprendizaje informales, sino que se transforma en una gran fuente de peligros llena de violencias y miedos de los que hay que prevenirse. De este modo, toda vigilancia queda justificada. Como apuntaría Tonucci, “si antes teníamos miedo del bosque, ahora tenemos miedo de la ciudad.”

Siendo víctima de una supuesta vulnerabilidad atribuida, el infante sabe que delante de cualquier problema, el adulto responderá por él, de modo que la falta de enfrentamiento con las realidades que le rodean, lo construyen, aún más, como un ser incapaz que debe protegerse y ser protegido. Haciendo referencia a Ariés (1963), antes, la infancia, casi no se diferenciaba de la etapa adulta, de modo que cuando un niño finalizaba la primera etapa de vida, más expuesta a los riesgos que conducían a menudo a una elevada mortalidad infantil,



ya empezaba a formar parte del mundo adulto. La categorización de la infancia concebida como un mundo diferenciado del adulto empieza con el nacimiento de las instituciones escolares, donde según Ariés, se “encerró a una infancia antaño libre, en un régimen disciplinario cada vez más estricto.” (ibid, 1973:349) Esta pérdida de un antiguo reino está vinculada a los principios de la "educación en el ocio" que fuerza a los niños a estar ocupados después del horario escolar.

Como apuntaría Assier-Andrieu, actualmente es niño aquel que no puede valerse por sí mismo, el que es dependiente, incapaz o irresponsable. A través de la negación, el concepto de infancia se distingue por ser aplicado a aquél que “aún no es”. De este modo, “es niño, aquél que no es adulto.” Totalmente enfocado al futuro, se le niega el presente. Nunca vale por lo que es, sino por lo que deja de ser o por lo que será; no es completo, ya que aún no es mayor. Se ha pasado a entender la infancia como un territorio sometido a la autoridad educativa del mundo adulto, de modo que su trayectoria queda totalmente enfocada hacia todo aquello que aún está por venir, cargado de estímulos que lo preparan para el mañana. Su tiempo libre les es negado, y se piensa que “ya tendrán tiempo para todo esto cuando crezcan.” (ibid, 2008)

### **3.2 Prácticas adolescentes como respuestas al fin de la cultura popular infantil**

La evidente separación creada entre el universo infantil y el adulto, así como la negación de buena parte de lo que definía al primero, no ha quedado impune.

La misma sociedad, una vez ha producido, modelado y perpetuado aquello que actualmente podemos entender como infancia, no ha sabido que hacer de ella. “Pareciera que los pobres niños solo hubieran sido creados para divertir a las personas mayores, como si fueran perritos o monitos” (Ariés, 1973:184) Una vez se ha vencido esta primera etapa de la vida, los adultos se dan cuenta de que los jóvenes, en la actualidad, reclaman aquel tiempo que les fue robado, y todo aquello a lo que “ya tendrían tiempo cuando crezcan” estalla ahora en la vida de los jóvenes, que vindican el presente y se vengan de la falta de libertad que caracterizó sus infancias.

Las hogueras de Sant Joan ya no son celebradas en las calles por las pandillas de preadolescentes, pero una gran aglomeración de jóvenes se concentra en la playa de la ciudad para celebrar la noche del solsticio de verano. Durante las tardes, los niños ya no juegan en las calles, pero durante los fines de semana podemos observar como adolescentes hacen un asalto de las plazas y calles, a veces bajo formas socialmente consideradas "inconvenientes", como ocurre en el caso del “botellón.”

Todas estas inundaciones de jóvenes y adolescentes en las calles justo en el momento en que se les empieza a conceder cierto tiempo libre, puede leerse como una respuesta al presente que les fue negado, a aquel espacio que antaño fue suyo y que testimonió las primeras experiencias de sus padres y abuelos. La misma sociedad que ha conducido a la infancia como seres vulnerables y ha negado la calle como su espacio referencial para el aprendizaje informal, es ahora la que ve a todos estos jóvenes como exponencialmente peligrosos en el momento en que empiezan a ocupar las calles. Este asalto, pero, no es más que la reconquista de un derecho que les ha sido negado: el derecho a la calle y el derecho a la infancia.

## **BIBLIOGRAFÍA**

Amades, J. (1952). *Costumari Català. El curs de l'any*. Barcelona: Salvat

Ariés P. [(1987) 1973]. *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. Madrid: Taurus.

Assier-Andrieu, L. (2008). “Le destin institutionnel de l'enfance : invention, effritement et reconstruction du concept d'enfance dans la culture juridique occidentale”. *Jugement de valeur, jugement de droit*. Paris-La Défense, France.

Halbwachs, M. [(2004) 1968]. *La memoria colectiva*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza. Prensas Universitarias de Zaragoza.

Jacobs, J. (2011 [1961]) *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Capitán Swing.

Tonucci, F. [(2015) 1997]. *La ciudad de los niños*. Barcelona: Graó.

Valentine, G. (2004). *Public Space and the Culture of Childhood*. Hants: Ashgate.

Ward, C. (1978). *The Child in the City*. Londres: Bedford Square Press.